

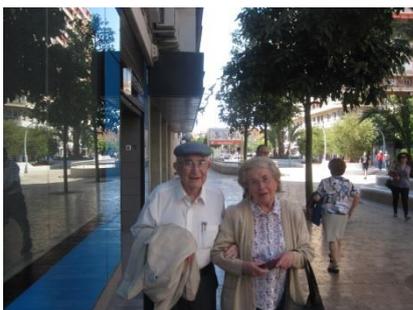
3 de diciembre de 2016, Pregón de las Fiestas de la Virgen, Teatro Concha Segura

José Javier Ruiz Ibáñez

Vamos a intentar desterrar hoy algunas sombras.

Muchísimas gracias y muy buenas noches a todas las personas que bien aquí, en este maravilloso Teatro Concha Segura, bien en su hogar tienen la gentileza y la paciencia de escucharme, de oír un pregón que va a buscar expresar, y espero que lo haga de manera amena, toda la gratitud que siento ante el inmenso honor que se me hace al proponer que sea yo quien lo haga.

La primera pregunta que uno se plantea cuando le comunican que ha sido designado para invitar al Pueblo de Yecla a que inicie sus Fiestas es obvia: ¿yo?, ¿por qué yo? y, claro, eso lleva a otra pregunta, cuya respuesta, seamos sinceros, por un lado tranquilizada y por otro aterra: ¿quién soy yo?. La respuesta es fácil. Uno es lo para alguien es, lo que **de** alguien es. Así pues, y, poco se sorprenderán ustedes si me permito recordarlo.



Soy el hijo de doña Lolita y don Tomás, el nieto de Esmeraldo y Carmen, el hermano de Tomás y Fernando, el tío de Sofía y Tomás Javier, el sobrino de Teresa, Carmen y Antonio, el alumno de José Ramón, el compañero de clase de mis queridos amigos de la Paz y de San José de Calasanz, el director de tesis Ana, José Miguel y Sergio, el compañero de trabajo de Liborio, y, claro, el marido de Gabriela. Pero la lista, y el compromiso no acaba aquí, dado que soy

socio de la Asociación de Mayordomos y devoto de la Virgen, soy yeclano y, por ello, beneficio con humildad de unas Fiestas cuya existencia es nuestro orgullo y nuestro compromiso, unas Fiestas que han sido posibles gracias a tantas personas, ayer y hoy, que las han celebrado, que las han mimado, que las han querido y que las preservado para nosotros.

Así pues si uno ha hecho algo en la vida es por tener unas bases tan sólidas, una raíces profundas. Desde ellas se puede proyectar para ir más allá, para intentar cumplir con el deber de ser mejor de lo que uno puede ser, para intentar contribuir a una historia tan maravillosa. No soy persona que eluda retos o compromisos, aunque no negaré que éstos en general, y éste de hoy en particular, me sobrecogen, pero sí soy consciente que enfrentarlos sólo es posible por heredar todo el esfuerzo que el Pueblo de Yecla ha acumulado, de toda la energía que ha depositado en unas Fiestas por las que se define. Espero ser digno hoy de esa herencia, espero ser digno siempre del honor que me hacen ustedes.



El Pueblo de Yecla es pues el protagonista de esta Fiesta, un Pueblo que integran los que hoy son y los que fueron y ya no nos acompañan, a los que saludo con todo mi respeto. El

Pueblo de Yecla que componen quienes en ella nacieron y quienes a ella llegaron, crean lo que crean, vivan donde vivan y sientan lo que sientan: éstas son sus Fiestas, ésta su herencia y ésta su esperanza. La lucecita que brilla en el Castillo, en el Santuario del Castillo, es capaz de romper la más oscuras de las tinieblas y de iluminar la más profunda de las tristezas. Estos días nos hacen volvernos hacia ella, a la que deberíamos mirar más a menudo, dicho sea de paso, y recordar que no hay tribulación comparable a su luz.

Así pues, hablar del Pueblo de Yecla es tratar de un plural que es a la vez místico e histórico, de un plural que atraviesa los tiempos, y que nos convierte a título individual en el eslabón de una historia que es tan nuestra como de los demás. Las Fiestas tienen sus protagonistas y éstos no sólo disparan arcabuzazos. Igual de protagonistas son las personas, muchas de ellas postradas por la enfermedad, que ven la Fiesta en sus casas, las que siguen a la Virgen o que la visitan en su Templo o las que, desde la distancia de la emigración o la distancia de la tristeza, los siete y ocho de diciembre, sienten el corazón más alegre al comprender, al recordar, al saber, que su Patrona les visita y que ella nunca les ha de olvidar, que, a fin de cuenta, no están solos y que la luz del Santuario del Castillo les ilumina también a ellos, sobre todo a ellos.

Una Fiesta del Pueblo que en realidad también lo define y lo hace, insisto en ello, más allá de orígenes, de residencias, de opiniones y gustos. Los golpes de arcabuz lo expresan de forma nítida, pero hay que saber escucharlos y hay que saber mirar a través de ellos. En cierto sentido la arcabucería es expresión de una voz telúrica, colectiva, atemporal que, más allá de las palabras, dice mucho de lo que es Yecla y lo que son las gentes de bien. No es difícil escuchar en ellos, en los arcabuzazos, el eco de las plegarias de tantas oraciones que ayer y hoy se han elevado a la Virgen del Castillo, a la Inmaculada Concepción, pero tampoco es difícil escuchar en ellos otros ecos, los de un pasado del que Yecla era parte y que apenas hoy sólo en Yecla se puede seguir percibiendo, un pasado en el que el principio básico de la sociedad era cuidar los unos de los otros, protegerse, apoyarse.

Historiador soy, así que ruego de historia me dejen hablar, sabiendo que la historia ni agota ni reemplaza otros elementos decisivos como la Devoción, la Fe o la Identidad, sino que los complementa. Una historia que nos remite a un tiempo muy lejano y a otro más próximo. Acompañenme a este viaje, pues en gran parte se dio en las riveras de nuestro Mediterráneo. Hubo un tiempo en el que en las ciudades sus habitantes se dieron cuenta que por encima del bien individual, completándolo y perfeccionándolo, había un bien común y, y no sin contracciones, comprendieron que en nombre de ese bien merecía movilizarse. Pronto asumieron que por él era justo y bueno asumir obligaciones; cumplir con ellas era lo que justificaba reclamar que los demás también nos respetaran. A las primeras les llamaron deberes y a lo segundo, derechos: derecho a pensar, a ser libre y a vivir como uno quiera, siempre que no socave los derechos de los demás. De pronto, quienes habían asumido ese binomio, el derecho que nace del deber, reclamaron que ellos eran algo más que una simple reunión accidental de personas, sino que ese bien común debía de ser definido por quienes se definían por él. Se llamaron a sí mismo *Demos*, o Pueblo, y más pronto que tarde, comprendieron que esa definición del bien común también era, y sobre todo, el derecho central de todo el sistema, un poder, *κράτος*, que sólo les podía corresponder a ellos. La palabra griega define bien el sentido de lo que les estoy diciendo. Defender el bien común es la base de eso que estaba a punto de nacer y que hasta hoy llamamos democracia.

El Pueblo que vive en la ciudad es por lo tanto un pueblo político y constituye, por usar la palabra romana, una civilidad, una ciudadanía; lo que en español llamaremos pronto una vecindad, una palabra que me resulta particularmente entrañable pues tiene esa

connotación nada fría de compartir el espacio público, de conocerse, de proximidad, de afecto y de ayuda. Vecino es menos frío que ciudadano, cierto, y, en tanto que tal es respecto a los otros vecinos, a los otros ciudadanos su igual, ni más ni menos, ni menos ni más. Cicerón nos recuerda que la ciudadanía es define en ayudar a defender su patria, instruir a sus congéneres e implicarse en el gobierno; es decir en que, lejos de serle indiferente el bien común de la patria, el vecino está dispuesto a implicarse en construirlo.

Las libertades y los derechos que ahora gozamos son herederos lejanos de aquél tiempo, un tiempo no exento de contradicciones, de problemas y conflictos. Mucho se ha depurado el concepto de ciudadanía generalizándolo y emancipándolo de las restricciones que lo atenazaban y así hemos llegado aquí. Ha sido una historia brillante y hermosa en ocasiones, brutal y siniestra en otras, de lo primero hay que estar orgullosos y de lo segundo aprender; pero ha sido una historia que es nuestra y que ha dejado algunas huellas, pocas en ocasiones y a veces se han borrado, algo que es terrible. Algo, de hecho, tan grave que por una parte de los historiadores no se ha dejado de afirmar, desde el siglo XIX, que el redescubrimiento de este sentido de bien común tuvo una genealogía propia que nació en las ciudades estado italianas del Renacimiento, pasó a los Países Bajos, de ahí a Inglaterra y de ahí a Estados Unidos y Alemania. A esto le llamaríamos modernidad política, el nuevo camino al bien común y a la democracia y de ella estaría exenta, para estos autores, el Mediterráneo, España, Portugal, sus proyecciones americanas, Italia e incluso Francia. Oscurantistas y atrasados por naturaleza, dominados por la Inquisición y aplastados por el poder de los reyes absolutos sus poblaciones vivirían ignorantes en su ignorancia y sumisas en su opresión. La modernidad del norte iluminaría la barbarie del sur, liberándola de su atonía, compartiendo con ella un progreso que sólo podía ser aceptada a cambio de renunciar a sus creencias, rechazar su herencia y su cultura, borrar su identidad, olvidar su Fe.

¿Fue así?, ¿las gentes del Mediterráneo eran –son- un Pueblo somnoliento y servil?. Y si no fue así, ¿dónde están las huellas de lo contrario?. Bueno, por supuesto, esto no fue así, pero sí es cierto que muchas de esas huellas no son visibles por haber sido borradas por la marea que en el siglo XVIII cubrió la playa de la historia. Como si fueran las pisadas de un caminante en la arena las pruebas que la defensa del bien común estuvo en el centro de las urbanas sociedades ibéricas han sido enmascaradas por el olaje del tiempo, dejando el campo libre a quienes quieren inventar un pasado que excluye una modernidad propia, nuestra, que permita seguir siendo quienes somos.

Piensen ustedes, háganme el favor, que una de esas huellas quedara tan aferrada al devenir de la historia que permaneciera hasta el presente. Piensen ustedes que de ser así esa huella sería tan importante no sólo por lo que es, una vestigio del pasado, sino por abrir la posibilidad de ver nuestro presente de forma mucho más libre, al permitir comprender que en ese pasado hubo una concepción propia, una herencia propia, a partir de la cual puede florecer una modernidad, la nuestra, que nos permite avanzar sin dejar de ser nosotros, ser mejores sin renunciar a nuestras raíces y convicciones. Entonces lo moderno no sería algo extraño, no es una imposición externa frente la que sólo podemos someternos; por el contrario progreso y modernidad, en tanto que defensa del bien común, es una opción que se construye desde la libertad, desde nuestra propia raíz, y no olvidemos que, como bien dijo don Quijote, no hay nada mayor que la libertad.

Colegirán conmigo que si ese tipo de huella-testimonio existe debe ser de un valor enorme, pues reintegra mucha de la dignidad y de la historia que se ha negado a ese mundo ibérico. Bien, esa huella existe, siempre la hemos tenido delante, siempre la

hemos cuidado y en ella hemos puesto nuestra devoción. Queridas amigas, queridos amigos, esta huella son las Fiestas de la Virgen.

Cuando Yecla puso su fe en la Inmaculada Concepción como intercesora y como Patrona se inició un proceso en el que no sólo se iba a guardar una Fe y un devoción que llega hasta hoy día y que se enriquece con el tiempo, se perfecciona y sienta las bases profundas para un querer ser muy ligado a la Virgen del Castillo. Cuando lo hizo sentó los cimientos para generar una huella, pero una huella viva y palpitante de un mundo, que expresaba su germen de modernidad en la afirmación de un bien público que construía la propia comunidad social.

Vamos a explicarlo. La Fiesta de la Virgen en su ritual mantiene, mantiene no reproduce, una forma de funcionar de las sociedades que expresaba y constituía al Pueblo en la Edad Moderna y lo hacía por el uso de las armas como vía de defensa de la comunidad, algo que, como recuerdan nos había indicado Cicerón, era una de las formas de definición de la civilidad. Esa participación era la que afirmaba la posición individual en el contexto del bien común de la patria natural, eso que por aquel entonces eran las ciudades. La milicia armada, era vecindad, es decir ciudadanía con derechos, y lo era por estar armada, no para extorsionar o imponer la brutalidad de los fuertes a los débiles, sino para defender el bien común; no era una banda de brutos, sino un cuerpo de protección de la vida, las personas y la tierra que se regía por leyes que daba la propia ciudad.

Como los reyes no tenían ejércitos que defendieran las fronteras era a estos cuerpos de vecindades a quienes les correspondía hacerlo, así que, con mejor o peor voluntad, los reyes tenían que reconocerles los derechos que se ganaban por garantizar el bien común en la propia ciudad y en la patria nacional. Estos cuerpos armados que actuaban por y bajo la ley, eran pues gentes y pueblos libres, patriotas y devotos, ciudadanos y súbditos. El reforzamiento del poder de los reyes primero, allá por la segunda mitad del siglo XVII y el XVIII, y la consolidación del Estado Nación en el XIX los borró. Ni el príncipe absoluto ni el monismo nacional consentirían que la soberanía se compartiera, ni que la ciudadanía, corolario de la propia nación, se definiera a escala local. Milicia y patria local se diluyeron juntas en las instituciones y en la memoria, y lo que unos

quisieron que se olvidara, otros efectivamente lo olvidaron.



Y fue un éxito casi completo. Les comentaba antes que en el discurso sobre la modernidad, es decir sobre el camino a nuestras libertades, se ha insistido en que hay un modelo único, el del norte de Europa, y un antimodelo, el del sur de Europa con toda su inmensa proyección. Y lo que es paradójico es que para afirmar la existencia de ese modelo moderno de una ciudadanía consciente y responsable de sus deberes, se insiste en que en esos países había milicias y había alardes, y que éstos eran el

verdadero laboratorio donde se forja el sentido de vecindad, de bien común, de solidaridad, de libertad responsable en suma. Ahí los había y aquí no.

El problema es que esto no es cierto, aunque hayamos hecho el esfuerzo de olvidarlo. Se llaman milicias, gentes de parroquias, ordenanças, gremios, indios flecheros, schutergilden o maestranzas, en Castilla, Portugal, la corona de Aragón, Nueva España, o Palermo, estaban ahí presentes, eran gentes con armas que defendían sus patrias y que tenían derechos por ello. El olvido de estas actividad militar urbana es enormemente

dramático dado que conlleva el olvido de que, a través de nuestra vía y a través de nuestra cultura, existe un camino a la modernidad que nos es propio y que, y no insistiré suficientemente en ello, nos permite hacer ese viaje al progreso sin renunciar más que a lo negativo de nuestra herencia, pero conservar lo que somos, seguir siendo lo que éramos y ser mejores en lo que queremos ser.

Los historiadores podemos demostrar que ese dramático olvido es una impostura, y para hacerlo ahí están los cuadros, ahí los documentos, sólo que no los hemos querido mirar. Pero hay otra forma de comprobar que ese mundo existió y que ese mundo está en la médula misma del nuestro... venir a Yecla, venir a Yecla cuando la villa resplandece por la visita de su Patrona.

Venimos diciendo, y desde luego no soy el único sino que forma parte de una conciencia que se va difundiendo entre nuestras gentes, que las Fiestas de Yecla son muy importantes. Y claro que lo son, y en muchos niveles. En primer lugar por ser la presencia de la Virgen en la ciudad un momento de devoción expresada de múltiples formas y un recordatorio de algo que es bueno no olvidar. Y ese algo es que no estamos solos. Es una cosa que comprenden mejor que nadie las personas que me ven en televisión por no poder salir por la enfermedad; esas personas lo saben muy muy muy bien: que el que la Virgen venga al pueblo es una forma de venir a visitarlas a ellas, a cada una de ellas, especialmente a ellas, a recordarles que hay consuelo más allá de toda razón y que hay un amor que no cabe en este mundo. Para todas esas personas permítanme pedir un aplauso para que sientan nuestro cariño y nuestro calor.

Muy importantes son pues las Fiestas de la Virgen a la hora actuar como una intermediación entre el Pueblo y su Patrona, pero es que junto a ello tienen un valores que los complementan y que le dan una riqueza que se desarrolla en un ámbito diferente.

Recapitaré para ubicarnos. Lo que está en juego es si podemos reclamar que la modernidad nos pertenece sin renunciar a nosotros mismos. Ya hemos visto como sus rasgos de origen (libertad, deber, bien público) estaban presentes en la milicias y cómo estas desaparecieron, pese a haber estado presentes en todo el mundo ibérico. Así pues mi tesis, y espero bien convencerlos con ella, es que en nuestra Fiesta se ha conservado un vestigio de ese mundo perdido. Y esto es muy importante, pues sería una prueba decisiva no sólo de la existencia de un ritual urbano, sino de la existencia de una cultura cívica dotada de todos los instrumentos necesarios para desarrollar una modernidad propia. Lo que está en juego es la emancipación, que nos liberemos, de un discurso de subordinación a una vía de desarrollo única, y es por eso, ni más ni menos, que comprender en toda su riqueza las Fiestas es contribuir a comprender en toda su riqueza ese mundo que empieza en Sicilia y termina en Chile. No es pequeña empresa, pero el

pueblo de Yecla nunca ha tenido miedo a la grandeza.

Leamos pues las Fiestas como un ritual cívico. Un ritual que se repite de Bruselas a Cuzco y a Murcia. Un ritual que no es original de Yecla, pero eso no es malo, todo lo contrario, en nuestra ciudad se desarrolló algo que era común pero que por un elemento excepcional, la consolidación del patronazgo de la Virgen Inmaculada logró preservarse. Leer, por lo tanto,



las Fiestas de Yecla es leer ese mundo que nos han dicho que se perdió, al menos para quienes no han venido a Yecla.

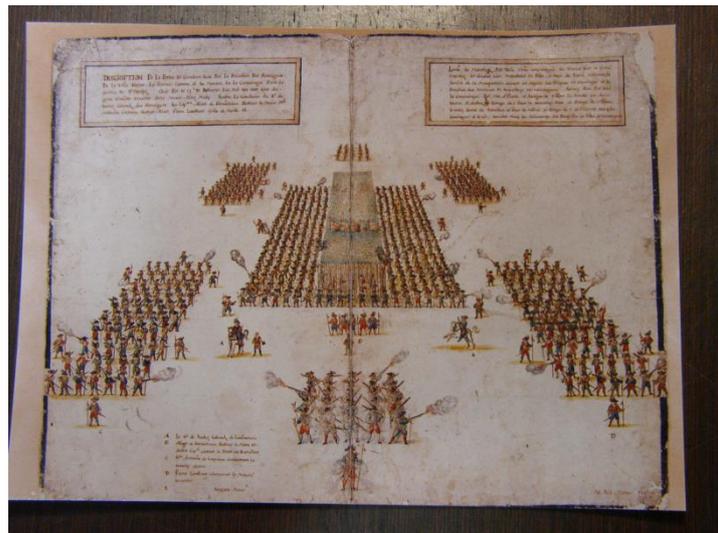
Aunque son elementos que ya hemos usado antes voy a ilustrar lo que digo con los relatos que tenemos de la ciudad de Murcia en el siglo XVII, sobre todo en la década de 1610, gracias a un libro que publicará el escribano mayor Alonso Enríquez, y a unos cuadros que vienen de Arras, Bruselas y Cuzco.



Leamos pues el ritual que conocemos bien: se antes de formarse la ciudadanía se reúne, preparan los arcabuces y hacen sus primeras salvas. En la ciudad de Murcia lo hacían por barrios, los vecinos se encuentran se preparan y van disparando sus salvas. Aún no son más que unos buenos vecinos que saben que van a haber una reunión y salen a probarse. Son esas primeras salvas que

escuchamos el día de hoy, es una forma de mostrar disponibilidad, de subir la tensión. Pero es necesario hacer que un grupo de amigos pase a ser la expresión armada del bien común y para ello es necesario que la autoridad los convoque. Hay muchas formas, puede ser de urgencia, entonces es cuando las campanas suenan a rebato y los tambores, las cajas, hacen el eco de la llamada.

Es la expresión política de la Comunidad, ese espacio en el todos nos juntamos, nos *ajuntamos*, es el ayuntamiento, la autoridad que da la orden de reunirse o la que autoriza a salir en caso de que se trate de un entrenamiento que llamamos alarde, o del acompañamiento a un acto religioso, pues la fuerza armada no es sino la expresión de la Comunidad. Es una reunión política, en el sentido de reunión de gentes de la ciudad que defienden el bien público. Es ese permiso, ese **beneplácito**, el que constituye



las Fiestas, la reunión de vecindad se transmuta en soldadesca sólo por ser expresión de una libertad ordenada.



Pero claro, hay que darle sus símbolos, mostrar que se actúa por delegación de un poder superior. En Murcia las banderas son guardadas en el Ayuntamiento, y son de propiedad municipal. Al llamarse a rebato, alarde o solemnizar una festividad religiosa se prestan a los capitanes de los once barrios (los jurados) y éstos las entregan a los que llevan la bandera, es decir, los alféreces. Las banderas son tan importantes, por ser expresión física del bien público y de la comunidad misma, que deben ser escoltadas por los sargentos con sus alabardas.

El símbolo del capitán es una lanza pequeña que llamamos jineta, ahí reside su autoridad y de todos es respectada, pero como el capitán puede estar liado con tantas cosas, se la puede dejar aun paje de armas que le acompañe. Capitán y sargentos escoltan la bandera a casa del alférez. Y ya se puede formar la compañía.



¡¡¡Todo esto nos suena y de qué manera!!!!, nuestros capitán y alférez los conocemos como mayordomos del bastón, de mando, y de la bandera; pero el ritual está ahí. Un ritual que fue definido por las Viejas Ordenanzas y

que recoge algo que era tan obvio para quien las escribió que no tenía que explicarlo. A esta práctica de formación de la compañía, una verdadera construcción política, ustedes ya habrán adivinado que le llamamos el **paseo**. El capitán puede dejar que su paje de armas le ayuda a cargar su jineta y cada uno ocupa su lugar.



Pues ya tenemos nuestra compañía estructurada, hay que formar la, la compañía ha de apropiarse de las calles para llamar al vecindario, para que se apresten, hay que recorrer el pueblo en el sentido del sol. Pero el **paseo vespertino** tiene un sentido completamente distinto, ya no es formativo, la compañía ya existe, sino que es puramente informativo. Va a haber un alarde y hay que estar informados de él.

En cuantas ciudades en Europa y América, entre 1500 y 1700 las ciudañas esperaron el momento del alarde, preparando sus armas, reuniéndose con los amigos, sabían que iba a ser un día grande y había que probar las armas, esperar a que el sol llegara y se cerraran filas. Por el momento era tiempo de reunirse, festejar y desarrollar esa solidaridad de función, la de ciudadanía-soldadesca, que hacía que no sólo se conocieran unos y otros, sino que se recocieran como iguales en el compromiso por el bien público y por el servicio. Y eso que pasó tantos miles de veces, esas bromas, esos desayunos, esos encuentros siguen pasando en nuestra **alborada**. Es ahí en la informalidad de las sombras que van siendo luces donde se forjan los lazos invisibles que van a dar cuerpo al cuerpo de la soldadesca. Es el siete de diciembre y casi esta rayando el día. Pero esta informalidad sucede mientras el capitán y el alférez han empezado a reunir, a formalizar, el término de la época será recoger, a su gente. Las

primeras arcas cerradas que se lanzan entonces tienen un enorme sentido simbólico: la disciplina del disparo es a la vez la formación de la voz del Pueblo, una sola voz formada por disparos diversos, pero reglados ya la vez, la compañía está formada, pero no es sino la materialización de una voluntad de ese Pueblo; un cuerpo unitario de gentes libres, un cuerpo cuyo sentido va mucho más allá de sus integrantes pues todas las gentes que participan en las Fiestas (en la calle, con el arcabuz en la mano, en sus casas, en su corazón) ven esa voz colectiva fundida en un trueno de pólvora, fuego y humo.

En la Murcia del XVII las cosas eran muy parecidas. Las diversas tropas se formaban en sus once parroquias y se daban cita en lo que entonces era la plaza mayor, es decir en la actual de Santa Catalina. Allí las compañías, hasta unos mil arcabuceros que debían estar bastante apretados por cierto, se ponían a disposición de la ciudad. Igual, que formada la compañía de Yecla, se pone a disposición de su Ayuntamiento, para realizar la acción que el propio Pueblo ha definido como la que le ha de dar sentido. Y en el caso de Yecla sabemos que es acompañar a la Patrona. En Cuzco y en Murcia, pero también en Palermo o Nápoles, comenzaba pues el alarde y un alarde que podía acompañar una celebración religiosa con la que acaba de fundirse a propia Comunidad. Como hoy, bueno en realidad como el día 7, los arcabuceros de Yecla suben a por la Virgen, ya como compañía formada, ya como expresión de un Pueblo que los encomienda, en otros tantos lugares las huestes iban acompañando a la procesiones de sus patronos. Era una forma de fundir civilidad y Cristiandad en un sólo acto y, por extenso, definir la sociedad de la que procedían no sólo como un acuerdo de pares sino como un sentido místico.

La reiteración de las arcas cerradas marca como una aldaba cada uno de los momentos cenitales de la Fiesta, en realidad son la voz del Pueblo que proclama, aprueba, confirma, anuncia que Ella viene. Y una vez en su Iglesia-relicario la Virgen se regala al pueblo con su presencia y lo visita con su procesión. Es muy significativo que la hueste acompañe a sus mayordomos capitán-alférez a sus domicilios, pues estas figuras institucionales son las que la vertebran y mientras estén en la calle, y mientras esté en la calle la bandera, la compañía está levantada. No olvidemos que en la Murcia del XVII los alféreces guardaban la bandera de parroquia en sus casas y que de tal práctica es de donde viene esa residencia de la bandera, que no es apropiación exclusiva sino que los integrantes de la soldadesca se han institucionalizado por su ejercicio como integrantes de la tropa.

Esto que vemos en Yecla no es sino lo que pasaba en todos los lugares donde había milicias y donde la bandera, la jineta, las puchas, todo tenía un fuerte sentido político, que en ocasiones rendía su raíz hacia milenios.

Las puchas, poco he dicho de ellas pero sí conviene hacer un comentario, pues los hombres de las alabardas en realidad tienen más enjundia de la que marca sólo su función como sargentos. Dependiendo del grado (capitán, coronel, gobernador de plaza, virrey incluso) los oficiales del rey tenían un acompañamiento de alabarderos que les siguen como símbolo de la justicia que ejercían, una función delegada por el soberano. Eran oficiales en el sentido no sólo militar, también en tanto que magistratura especial. Así los sargentos alabarderos cumplen la función de los lictores de la antigua Roma que acompañaban



a los magistrados (cónsules, pretores...) de la República y del Imperio. El fascio que era el símbolo, antes del siglo XX italiano claro, de la libertad en la ley. La presencia ritual de 'los tios de las punchas', expresión encantadora por sí misma, en todos los actos de formación y difusión de la compañía no hace sino reforzar su carácter político e institucional de la Fiesta.



La Bandera, las Punchas, toda da un sentido y establece un lazo invisible con una cultura política clásica que la Fiesta de la Virgen no deja de proclamar que es nuestra, que es nuestra herencia, y esto resulta fundamental para reclamar que la modernidad, nuestra modernidad no es una impostura importada, sino que nace de nuestra tradición. Las Fiestas de la Virgen lo que nos recuerdan es que esta tierra es de un pueblo de personas libres dentro de la ley que ellas mismas se dan. Por supuesto, esto ha sido perfeccionado y debe ser perfeccionado y eso, vuelvo a insistir, es el progreso, nuestro progreso, y cuando digo nuestro me refiero al de todo el mundo ibérico. Eso es lo que nos jugamos aquí. Ese es nuestro patrimonio.

Claro, la cuestión es ¿por qué Yecla, por qué aquí?. Somos ciegos y no vemos como la Virgen nos ayuda y nos consuela toda la vida, todos los días. Pero lo que sí podemos ver, lo que sí resulta evidente, es que precisamente se ha conservado ese patrimonio gracias a la Virgen, a haberse fundido ritual con su devoción. La fusión de alarde y fiesta en un sola e indisoluble realidad apostó en dos vías: convertir en alarde en un ritual fijo que ha variado muy poco en lo esencial, una especie de feliz taxidermia que bloqueó las derivas festivaleras que habrían de afectar a otros pueblos hasta el punto de terminar por desdibujar las formas propias de la cultura cívica del bien público. Pero no sólo la adhesión entre ritual urbano y fiesta religiosa ha tenido un efecto estabilizador de la Fiesta, mucho más importante es su efecto protector. Es difícil comprender desde fuera esta fiesta en todas sus complejidades, es difícil si no se explica que pólvora y devoción van de la mano, pero lo van y **de qué** manera. La vocación de los gobiernos es



controlar lo que no entienden y, ya de paso si se puede prohibirlo, o estorbar el uso de arcabuces, y así le hubiera pasado a Yecla si se hubieran cumplido las órdenes reales en el XVIII y estos problemas los vemos hasta el presente. Igual que hoy día es preciso explicar que los arcabuces que se usan no son armas de guerra y que el, en mi opinión, excesivo control que se reclama sobre ellas puede dañar un patrimonio secular; en tiempos del buen rey Carlos III

hubo que hacer lo mismo, sólo que entonces yo no creo que lo decisivo fuera la noción nonata aún de patrimonio sino el amor mostrado a la Inmaculada Concepción, un culto particularmente querido por el propio Carlos III. Entre los múltiples dones, entre los múltiples favores que la Patrona nos da está éste, sin duda alguna para mí, la preservación misma de la Fiesta. Algo que no deberíamos olvidar.

Gracias a ello no conservamos sólo el ritual cívico, sino también el sentido confesional que definía las sociedades del siglo XVII, y nos permite comprenderlas mucho mejor. Y esto debemos igualmente valorarlo, creamos lo que creamos, sintamos lo que sintamos, es algo que le pertenece a todo el Pueblo. Y fíjense ustedes qué potente retórica, que podemos recordar bien con la celebración tan contrarreformista del Corpus Cristi en la ciudad del Cuzco.



Todos los elementos de la Fiesta de Yecla están presentes. Capitán-mayordomo del bastón, paje y sargento alabardero. Esta compañía de indios nobles y muestra el juego de la bandera ante el Santísimo Sacramento, es decir la presentación del símbolo de la comunidad política de su disponibilidad. En el caso de Yecla es una forma de mostrar el compromiso con la Patrona, y la alegría de verla llegar, y quedarse, en su tierra. La bandera proclama así, una vez más, su

función simbólica, la de ser la expresión política de un pueblo que se sacraliza por la intercesión de la Virgen.

Todo este ritual, y toda la participación está avanzando el acto quizá más solemne, y si se me permite, más maravillosamente ruidoso de las Fiestas. La Comunidad fundada en el bien público y en la ciudadanía ha encontrado su intercesora en María Santísima, y ésta ha tomado posesión del Pueblo por haberlo hecho de los corazones de sus gentes, cuya expresión de adhesión no es sino el alarde, el ruido la pólvora. La fidelidad confirmada y la lealtad afirmada con ella es un, eco un eco menor y lejano del *fiat*, el 'hágase' con que contestó la propia Virgen al Arcángel San Gabriel abriendo la vía a la Redención. En su lectura mística toda la Fiesta es un deseo apenas contenible de participar, con infinita modestia, de tal decisión.

La Virgen, la Patrona, María Inmaculada, la Virgen del Castillo, adquiere así en términos prácticos, físicos incluso, la función de Intercesora y la cumple bien. El punto culminante de esa intercesión buscada, querida, pedida, rogada, no es otra que la Minerva. Dios mismo bendice a la soldadesca, en uno de los actos más impresionantes que Fiesta alguna pueda conservar. Aquí tenemos de nuevo en Cuzco a los nobles indios haciendo un arca cerrada al paso del Santísimo. En el caso de Yecla se va mucho más allá, el Santísimo casi sale de la Iglesia para bendecir a la hueste, a la Compañía, al Pueblo, la alianza de personas libres queda sacralizada, al tiempo que la tradicional aclamación que se reservaba para los emperadores paganos y los reyes bárbaros, es reemplazada por la voz del pueblo reducida a una en muchas que es el arca cerrada. La Fiesta ha alcanzado su cenit, las esperanzas se han colmado, y frente a los vaivenes del mundo Yecla está preparada.



El desfile que sigue reafirma el carácter unión que tiene la Fiesta. Fuertes de saberse algo más que la expresión de un pueblo la compañía se presenta ahora sí en su plenitud. El compromiso se ha cumplido, seguimos siendo quienes queremos ser... y no estamos solos. Así definida la Corporación, la hueste y el Pueblo, que agradecer a la Patrona, la subida, tiene mucho de nostalgia y no poco de esperanza. La fuerza acumulada, la Fe en el presente y la confianza en el futuro impulsan a depositar a la imagen de la Patrona en el Santuario. Ahí dirigirán, dirigiremos, pasos y oraciones los devotos a lo largo del año y ahí sabrá toda la gente, crea lo que crea y sienta lo que sienta, que reposa el elemento que da cuerpo, que da sentido a la unión de todos y a la defensa del bien público.

Fíjense ustedes. La Fiesta de Yecla, y ya va siendo tiempo que inicie el final de mi pregón, reúne así toda la herencia cívica de cómo era el mundo, y bien quiero decir el mundo, y toda la herencia espiritual de cómo era una parte de él. Y lo ha hecho durante siglos con modestia, con el trabajo callado de sus gentes, con la ilusión y la Fe, y con la preocupación y el interés. Pero no quiero ser solemne aquí: si las Fiestas han sobrevivido por contar con las personas normales, nosotros si se me permite, a ellas les ha gustado muchísimo, el ruido, la pólvora, la camaradería. Y todo ello debe seguir, tenemos con mirar con respecto nuestro legado, pero no tanto que no nos permita disfrutarlo siempre y sobre todo cuando no lo dañemos. Las fiestas no son una pieza de porcelana a admirar, ¡¡¡juy que se rompe!!!, son un patrimonio a vivir, a sentir y a disfrutar. Sin duda hay cosas en las que estaremos más o menos de acuerdo en tal o cual punto (y todo mi respeto va a quienes piensan, creen o sienten de forma distinta a mí, sé que lo hacen desde la honestidad y la integridad y admiro sinceramente su buena intención), pero hay un espíritu que compartimos: que estas Fiestas son del Pueblo y como tal ha de vivirlas, con alegría, y con la convicción que son un tesoro.

Recapitularemos, pues los minutos pasan. Estas Fiestas pertenecen a todo el Pueblo, y todo el Pueblo debe darse cuenta que tiene un patrimonio maravilloso. Y desde luego un patrimonio que va mucho más allá de los actos concretos. Al preservarlos se puede comprender que entre la bruma de pólvora se diluye la idea de la subordinación de la cultura ibérica a la nor-europea, se prueba que dentro de las formas de agrupación urbana que se dieron en ese mundo, de Nápoles a Cuzco, subyacía un potentísimo discurso de bien común que era compatible con la afinidad religiosa y con la devoción. Y es ahí, en esa compatibilidad entre el querer ser, la cultura, los derechos y deberes, la política y ese principio básico que es la convivencia, que se puede construir una modernidad propia, una modernidad que permita elegir la vía que cada cual prefiera. Las Fiestas, se pueden ver y se pueden apropiarse de muchas maneras, tantas como personas, pero creo que si todas se hacen desde el amor al buen Pueblo de Yecla y al bien común, nos daremos cuenta que en realidad estas Fiestas hacen presente un pasado propio y colectivo que permite construir un futuro sin dejar de ser nosotros, pero no renunciando tampoco a mejorar; un progreso propio que nos emancipa de ser simples espectadores de una modernidad que si es unívoca esclavizaba tanto como el inmovilismo.

El Patrimonio que permite comprender en toda sus complejidad, en todas sus luces y sombras, lo que era el siglo del Barroco, lo que hace es darnos la libertad de elegir nuestra propia vía e insisto que Cervantes ya nos dijo que ese era el mayor tesoro. Y no sólo a nosotros sino a todos los que de una forma u otra en Italia, Bélgica, Portugal o Iberoamérica somos herederos de ese mundo. ¡¡¡Pues vaya, sí que tenemos en toda nuestra modestia un enorme tesoro y sí que debemos cuidarlo!!!.



Cuando hace, casi, 400 años las Cortes de Castilla, y muchas más instituciones a lo largo y ancho del mundo ibérico, juraron defender el misterio de la Inmaculada Concepción de María sin duda no intuirían que en el Norte del reino de Murcia, un pueblo, unas gentes ordinarias, haría de tal compromiso su esencia y que al hacerlo, preservaría para el futuro, para nosotros y para quienes vendrán después, el legado que aquella sociedad era de gentes libres y que a partir de tal libertad se podrían, se deberían alcanzar mayores espacios de concordia y justicia.

Hace a un rato que alboreó mi pregón, es conveniente que anochezca ya. La grandeza consiste en compartir, el legado de Yecla ha de ser dado a conocer, pues en él hay un elemento que conviene recordar y que podemos aprender, como tantas cosas de nuestra Patrona. Es el legado de cuidar unos de otros, del bien común, que no se puede ser libre si los demás no lo son, que un pueblo con minúsculas se hace Pueblo con mayúsculas gracias a la compasión, a no dejar a nadie detrás, a ser uno en la diversidad. Un Pueblo libre y compasivo, un Pueblo que se expresa, en sus arcabuzazos, pero que no se agota en ellos, que no deja a nadie atrás, que se cuida, que quiere y que, cuando las cosas van mal, sabe que allá en el Castillo una humilde lucecita es capaz de desterrar todas las sombras.

Ese es el espíritu de estas Fiestas y ese es el patrimonio que debemos cuidar, pero no estamos solos para lograrlo. Ahora vendrá a visitarnos nuestra Fuerza. Las tareas que nos esperan son formidables, pero, hayamos nacido donde hayamos nacido y vivamos donde vivíamos, somos gentes de Yecla y no estamos solos.

Os invito pues a vivir estas fiestas, a ser felices y a ser mejores y os agradezco vuestra atención y el regalo que la Asociación de Mayordomos me ha hecho de permitirme, en toda mi modestia, llamaros a unas fiestas que son primero vuestras y que deben iluminar a un mundo que parece necesitar recordar que si uno es libre es responsable, como los son las gentes de Yecla.

Que la Virgen del Castillo, que María Inmaculada les bendiga siempre.